

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVIII

Abril de 1941

Núm. 190

<https://doi.org/10.29393/At190-1PVRA10001>

Puntos de vista

Aspectos de la chilenidad

SE ha iniciado entre nosotros una cruzada de exaltación del sentimiento de la chilenidad. Conviene puntualizar un aspecto de mucho interés en esta labor relacionado con el carácter nacional.

Siendo el chileno un pueblo con exaltada naturaleza patriótica, no conserva nada que sirva de estímulo a la fibra patriótica. Por ejemplo. No se guardan los tesoros que pertenecieron a los próceres. No hay un lugar de peregrinación para los hombres jóvenes. No existe la casa en la que transcurriera la juventud, o la madurez, y la ancianidad de algún hombre ilustre en las letras, en la historia, en la política, en la cátedra o en la guerra. Todas las casas en que estos varones vivieron y penaron fueron más tarde demolidas por exigencias de la modernización y, por supuesto, no se respetó el recuerdo que allí quedaba prendido a sus muros.

De este modo, las generaciones nuevas han vagado por las calles de todas las ciudades, sin saber en donde quedaba algo de los antiguos forjadores de la vida nacional. Se dirá que esto carece de trascendencia, que no tiene importancia el sitio en que nacieron los hombres ilustres. No tiene importancia material, pero la tiene simbólica y en gran medida. Conforme transcurren los años se desvanece más y más el sentido histórico de la responsabilidad. Por lo general, los hombres ilustres de estos países han sido en su mayoría hombres de mediana y con frecuencia escasa fortuna.

El arribismo actual no concede ejecutoria sino a la gente de fortuna, a los que poseen grandes influencias. Aquellos próceres fueron sobrios, carecieron de comodidades, vivieron entre estrecheces materiales. Hacen contraste con las regalías de hoy. Pues bien; es preciso considerar este aspecto, que parece ínfimo, pero que es la manifestación o una de las manifestaciones más concretas del desengaño y de la indiferencia actuales. Nadie sabe, por ejemplo, donde nació y vivió la mayor parte de su vida el historiador Barros Arana. Nadie conoce la casa de Lastarria. Ninguno sabe en qué lugar de la capital tenía su vivienda Pérez Rosales. Los caserones en que éstos vieron la luz o moraron de por vida han sido destruídos. Las generaciones se han transmitido unas a otras el mismo espíritu destructivo e indiferente. La consigna es, al parecer, liquidar los aspectos materiales que enmarcaron la vida de los muertos y conservar en cambio el culto de los muertos, en lo que éstos tienen de interesante para el prestigio de las tribus o clanes a las cuales pertenecieron. ¿Fueron liberales? ¿Fueron conservadores? Esto solo parece importar.

En otros países se guardan los efectos personales de los hombres que dieron lustre al país. Se recogen amorosamente sus libros, sus prendas más importantes, sus apuntes, sus utensilios de trabajo. Es decir, se recrea el alma antigua y se la ofrece como un motivo de permanente recordación a las generaciones nuevas. El espíritu del antiguo morador está allí prendido, por la evocación y flota como una leve neblina en la estancia en que transcurrieron sus horas de trabajo.

No es raro, pues, que no habiendo un sitio que atraiga al curioso o al admirador, lo busque en vano y al no hallarlo pierda, poco a poco, el interés por el héroe o por el hombre ilustre. Ha sido anotado ya el fenómeno de la inexistencia de libros chilenos en las casas cuyos muebles, por razones económicas, han sido puestos en remate. Entre los volúmenes rematados sólo por excepción se han visto obras de autores nacionales. Todo esto demuestra que el sentimiento de chilenidad es, entre nosotros un sentimiento

trunco, incompleto, puesto que su formación e intensificación dependen, en parte considerable, del culto que dediquemos no sólo a los generales que ganaron batallas o a los políticos que gobernaron con éxito y con grandeza, sino a los que supieron grabar en obras imperecederas lo mejor del espíritu y del esfuerzo de la raza.

Precisamente, porque no hemos sabido estimular a los creadores nacionales, ni por supuesto presentarlos con toda su fuerza humana, es por lo que las gentes prefieren los héroes, los políticos y los artistas de otros países. Lo vemos esto en las biografías de personajes extranjeros que nos envían desde Europa y que son devorados por los habitantes de estos países, como si se tratara de personajes ligados a nuestra historia y a nuestro desenvolvimiento.